

EL RENACER DE UNA ILUSIÓN



Héctor José Fernández Vaquero

4º ESO - B

Colegio Ramiro Izquierdo

Los reflejos de luz empezaban a invadir la intimidad de la noche. Los pequeños puntos de luz estelar se desvanecían ante la inminente llegada del día. Como en un inmenso espejo, se reflejaban los primeros rayos de sol sobre el mar.

El amanecer era el despertar de una nueva ilusión para Germán, la ilusión de encontrar ese rincón, ese manantial de inspiración que tanto necesitaba. Él había sido el mejor pintor retratista de su época, pero tras la muerte de su esposa, su vida se había sumergido bajo un mar de oscuridad del que no podía salir; necesitaba una nueva inspiración, un rayo de color que le hiciera olvidar la penumbra en la que se encontraba. Buscaba ese lugar que le convirtiera en pintor paisajista, que le hiciera disfrutar otra vez, que le llenara de vida, de color, de amor.

Todavía inmerso en sus sueños, Germán notó las gotas de agua sobre su rostro, y abrió los ojos poco a poco; a su alrededor, un pequeño grupo de delfines saltaban juguetones sin parar, decidió detener los motores de su embarcación para poder disfrutar del espectáculo. Al mirar al horizonte, pudo comprobar que se aproximaba a una serie de islotes y escollos, no había duda, eran las islas Columbretes. Las había visto mientras hacía senderismo junto a su esposa. Desde el punto más alto del monte Bartolo la vista es espectacular: Benlloch, Culla, Cabanes, la Pobla... y, a lo lejos, las islas Columbretes en medio del mar azul. Aunque están situadas tan solo a 30 millas de la costa de Castellón, nunca tuvieron la oportunidad de visitarlas, pese a que las contemplaban encandilados en sus largas caminatas por los alrededores de las Agulles de Santa Águeda.

Mientras surcaba los mares hacia las islas, recordaba las historias que su padre le contaba; relatos de contrabandistas y piratas que allí buscaban refugio; historias de civilizaciones griega y romana que le dieron nombre a las islas; cuentos de culebras que habitaban esos suelos... entretanto, se fue aproximando al archipiélago poco a poco.

Un graznido ensordecedor le sobresaltó, haciéndole escapar de sus pensamientos; giró su mirada en dirección al sonido que acababa de oír. Era sorprendentemente hermosa, su delicado color blanco, pincelado de amarillo en su ápice, contrastando con el verde de sus patas, y su pico rojo fuego; allí estaba sosegada y serena, sobre su humilde barca se había posado una gaviota de Audouin.

Cada vez más cercano podía ver el islote Malaspina, reconocible por su color y aspecto tan similar al hierro, con un deslumbrante tono metálico. Giró en tomo a él, pero pudo comprobar que era muy escarpado y sus bloques de roca inestables, por lo que era muy difícil su acceso.

El sol iba cayendo, la claridad que se reflejaba sobre las aguas se iba tomando gris; las nubes se cubrían con un manto rojizo, preludio del fin del día. Debía buscar un lugar donde pasar la noche en tierra firme; el mar no le merecía su confianza mientras dormía, tenía fama de ser traicionero. No tardó mucho tiempo en llegar a l'Illa Grossa, allí encontraría amarradero para su embarcación en el puerto Tofiño.

Guiado por la luz del faro llegó a un embarcadero donde amarró su barca y se dispuso a buscar emplazamiento donde pasar la noche.

Los últimos rastros de claridad se desvanecieron dando paso a las sombras, y con ellas, la oscuridad.

Allí, bajo un manto de estrellas, pasó la cálida noche de primavera.

El grito de un halcón Eleonor le despertó dándole un tremendo susto; su corazón se aceleró tanto, que tuvo miedo a que se le escapase si encontraba un sitio por donde salir.

Estaba asomando ya el día, decidió ir a visitar una mansión, construida en lo alto de una de las colinas, sobre la que se erige el faro. Mientras daba una preciosa caminata hasta la torre iba llenando su mente de imágenes nuevas, se encandilaba viendo esas dos colinas cubiertas de nopales y unidas por una lengua baja de lava; admirando la hilera de cráteres que daban origen a la isla; grandes cantidades de material volcánico en forma de cono. Paisaje merecedor de ser plasmado en uno de sus lienzos.

A poca distancia de él podía disfrutar de la compañía de varios ejemplares de cormorán moñudo, luciendo el moño primaveral de su periodo nupcial. Casi sin alzar la vista, podía contemplar la vida a su alrededor; como islas ancladas en medio del mar, daban cobijo y alimento, para tomar fuerzas en su viaje, a gran variedad de aves que cruzaban el Mediterráneo en esa época. Cantidad de insectos y lagartijas descaradas que vigilaban curiosas sus pasos. Se sentía acompañado en medio de la soledad. La paz y la armonía que sentía, le hizo olvidar por un segundo, a ese ahogado en un mar de

añoranza, a ese naufrago que llegó a morir de soledad, sin ella, sin su amada. La ilusión por vivir empezó a penetrar tímidamente en su ser. Una modesta sonrisa se dejaba entrever en sus labios. Sus ojos, ya cansados de llorar, secos de lágrimas e inundados de amor, dejaban paso a esos paisajes, a ese horizonte tan cercano, merecedor de ser observado y pintado.

En medio de tanta calma, un sollozo rompió el silencio de la mañana. Germán, extrañado al oír ese gimoteo incesante, decidió dar rienda suelta a su curiosidad y dirigirse hacia el lugar de donde provenía. Tras unos diminutos matorrales, cubierta por una mugrienta manta marrón, estaba acurrucada y asustada la pequeña Sahai.

Su tierno rostro reflejaba el miedo que sentía en su corazón. Su cara, estaba cubierta por una rizada melena negra, que dejaba entrever, entre sus mechones despeinados, sus grandes ojos llenos de lágrimas, que escapaban resbalando sobre su mejilla sonrosada. Llena de angustia, con su chata nariz mestiza, su mentón prominente, y esa boca, de gruesos labios, escondidos bajo sus manos de finos y larguiruchos dedos llenos de pringue.

-Dime pequeña, ¿qué te ocurre? - Le dijo Germán en voz suave - ¿Estás sola?

La chiquilla, todavía temblorosa, aunque con llanto calmado, le miraba sin decir nada; le observaba en silencio. Una tímida sonrisa despegó sus carnosos labios dejando aflorar la blancura de sus dientes.

-¡Sahai! ¡Sahai...! ¿Dónde estás?- se oía gritar a una mujer de mediana edad.

- ¿Te llamas Sahai?- le preguntó

- Sí - contestó aunque sin mirarle.

- ¡Señora está aquí- alzó la voz Germán para que pudiera oírlo.

Mientras tanto, la niña, con sus grandes ojos abiertos, sonreía. Se alzó y se dirigió hacia su madre. Pocos pasos pudo dar sin tropezar, esta vez con una rama seca que se cruzó en su camino. Germán le ayudó a levantarse, y, al mirarle a los ojos, comprobó que no tenían luz, estaban faltos de vida, sin fondo, sin mirada, sin alegría. Él, lleno de pena, la miraba y se conmovía, que triste debía ser la vida de una persona

invidente, una niña que no pudiera ver nunca la belleza de los pájaros, de los peces, de las flores...

Decidió pintar el retrato de esa belleza infantil, con esos ojos sin luz, eclipsados por el sol de su sonrisa. No veía, pero sentía más de lo que nadie puede sentir, oía el volar de los pájaros, olía los colores de las flores, tocaba el rojo amanecer con sus manos cada nueva mañana que estrenaba.

Germán, volvió cada día a las islas Columbretes con su pequeña embarcación, y junto a Sahai, musa de su inspiración, pintaba retratos, paisajes... vida. Ella le daba la ilusión que él había perdido, la inspiración que se fue con su esposa. Él trataba de ser sus ojos, de enseñarle a ver cuánto podía. Juntos, el pintor y la hija del farero de las Columbretes, suplieron en la medida de lo posible sus carencias, y se ayudaron cada día a hacer esta vida más hermosa.

Héctor José Fernández Vaquero

4º ESO - B

Colegio Ramiro Izquierdo